



# LA EXÉGESIS TEXTUAL.

## EL MODELO DE INTERPRETACIÓN

### USANDO EL TEXTO DE HEBREOS 5:7

*Samuel Pérez Millos\**

**RESUMEN.** La exégesis bíblica debe seguir un determinado procedimiento para alcanzar el objetivo de dar al lector el contenido del texto tal como fue escrito y para quienes estaba destinado, haciendo posible la aplicación al contexto actual. En el artículo se utilizan las técnicas científicas tomando como modelo la interpretación del texto de Hebreos 5:7. Para ello se usa el análisis del texto griego, la traducción literal al castellano en forma interlineal, el examen del entorno textual, determinado a la luz del texto las causas que producen los efectos descritos sin sobrepasar los límites contextuales. Finalmente se resalta la aplicación actual.

**PALABRAS CLAVE:** Exégesis, interpretación, análisis textual, ruegos, súplicas, clamor, lágrimas, personalidad, anonadamiento, filiación divina, muerte espiritual, agonía, soledad, temor reverente, aplicación.

Máster en Cristología y Espiritualidad Trinitaria por el Instituto Bíblico Evangélico. Miembro de la Junta Rectora del Instituto Bíblico y Seminario Teológico de España (IBSTE) y profesor de Prologómena, Bibliografía y Antropología. Autor de más de 50 libros de Teología y Exégesis. Autor del Comentario Exegético al texto griego del Nuevo Testamento en 19 volúmenes.

# TEXTUAL EXEGESIS.

## MODEL OF INTERPRETATION

### USING HEBREWS 5:7

**ABSTRACT.** Biblical exegesis must follow a certain procedure to achieve the objective of giving the reader the content of the text as it was written and for whom it was intended, making it possible to apply it in today's context. In the article scientific techniques are used, taking as a model the interpretation of Hebrews 5:7. For this, the analysis of the Greek text is necessary, the literal translation into Spanish in an interlinear way, the examination of the textual environment, determined in the light of the text the causes that produce the effects described without exceeding the contextual limits. Finally the life application is highlighted.



El término exégesis es una voz procedente del griego ἐξήγησις, tomada a su vez del verbo ἐξηγέομαι, que significa literalmente ‘extraer, interpretar objetivamente’, es, por tanto, la interpretación completa de un texto, bien sea científico, literario, filosófico, religioso, etc. Aplicado a la Biblia, la exégesis es la técnica científica de la interpretación de cualquier texto de la Escritura, sin tener en cuenta la extensión, comprendiendo desde un versículo, un capítulo, un libro o, incluso, la totalidad de la misma. De manera que el exégeta es aquel que está especializado en esta disciplina. La forma adjetiva de la palabra es “exegética”, de ahí el uso de la expresión “estudio exegético”.

Si la exégesis es extraer el significado de un texto, su antónima es la εἰσήγησις, expresa la acción de introducir en el análisis textual valores propios del intérprete. Por tanto, la exégesis analiza el texto objetivamente, mientras la *eiségesis* lo hace en forma subjetiva.

A efectos de la Biblia –como de cualquier otro texto literario– interesa el uso correcto de la exégesis, que da el significado de lo que está en el escrito. Esto requiere la aplicación de técnicas concretas:

- a) Análisis textual, en la lengua en que se ha escrito.
- b) Alternativas de lectura, que establezca las variables que puedan existir del texto.
- c) Traducción al idioma moderno en que se hace la exégesis textual.
- d) Examen del entorno histórico-social de los destinatarios del escrito.
- e) Establecimiento de los límites del texto que se analiza.
- f) Determinación del contexto inmediato, próximo y general del texto en cuestión.

A partir de estas premisas, haremos una aproximación exegética al texto bíblico que se selecciona, tomado de la Epístola a los Hebreos 5:7.

## INTRODUCCIÓN

El texto está en el inicio del párrafo más extenso del escrito, que se extiende desde 5:1 a 10:39 y que, sin duda, es una de las porciones más densa,

profunda e interesante en doctrina. El entorno textual, o contexto próximo, está en el tema central del párrafo que es el sacerdocio de Cristo.

Los judíos consideraban el sacerdocio de Aarón como el más grande de todos, al haber sido establecido directamente por Dios y ser exclusivo para a tribu de Leví y para la familia de Aarón. El escritor se propone demostrar la superioridad del sacerdocio de Cristo, y lo hace a causa de que este aspecto doctrinal de la Cristología, era insuficientemente conocido por muchos de los destinatarios de la epístola, algunos de los cuales tenían un profundo desconocimiento del tema (vv. 11-12). La verdad de la condición divino-humana de Jesucristo, no había sido asimilada, e incluso era cuestionada por algunos, a causa de la tradición sobre la vinculación de Dios con el hombre en la dimensión hipostática que existe en Cristo. Eso traía como consecuencia la imposibilidad de asumir que Dios, manifestado en carne, Emanuel, pudiera pasar por la experiencia del hombre sin menguar por ello la condición divina que le es propia como Dios, sin dejar de ser hombre. Dios es felicidad suprema, luego ¿puede decirse que agonizó? La respuesta es precisa, Él no puede agonizar en su condición divina, pero pasa por esa experiencia en su naturaleza humana. No podemos afirmar que Dios agoniza, pero tenemos que aseverar que quien agonizaba era Dios.

Además de esto, el mundo judío conocía todo el sistema de sacrificios establecido en la ley, y sabían que el sumo sacerdote, ofrecía el sacrificio de expiación una vez por año, reiterándolo anualmente a consecuencia de la ineficacia perpetua del mismo. Pero, el Sumo Sacerdote, conforme al orden de Melquisedec, que es Jesucristo, no ofreció una víctima sacrificial, sino que se ofreció a Sí mismo, dando validez definitiva al sacrificio suyo, de infinito valor por la condición divina del que se ofrece. Por esa causa el escritor avanzando en la enseñanza sobre la dimensión del Sumo Sacerdote, se refiere a la experiencia de la agonía del Verbo encarnado en el texto que seleccionamos.

## TRADUCCIÓN

7. Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. (Biblia Reina Valera 28)



ὅς ἐν ταῖς ἡμέραις τῆς σαρκὸς αὐτοῦ δεήσει τε και ἰκετηρίας  
 El que en los días de la carne de Él tanto ruegos como súplicas  
 πρὸς τὸν δυνάμενον σώζειν αὐτὸν ἐκ θανάτου μετὰ κραυγῆς ἰσχυρᾶς  
 al que podía salvar le de muerte con clamor fuerte  
 καὶ δακρῦων προσενέγκας καὶ εἰσακουσθεὶς ἀπὸ τῆς εὐλαβείας,  
 y lágrimas habiendo ofrecido y siendo escuchado por la sumisión reverente.

### ANÁLISIS DEL TEXTO GRIEGO

El párrafo comienza con ὅς, pronombre relativo ‘el que’; seguido de ἐν, preposición de dativo ‘en’; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado ‘las’; ἡμέραις, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota ‘días’; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado ‘la’; σαρκὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo ‘carne’; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado ‘de Él’, δεήσεις, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota ‘petición, oración’, de ahí “ruego”; seguida de τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, pero generalmente está en correlación con otras partículas, en este caso, al preceder a καὶ, conjunción copulativa ‘y’, adquieren juntas el sentido de “como con”, “tanto como”, “no solamente, sino también”; ἰκετηρίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota ‘súplicas’; la construcción griega permite la traducción “tanto ruegos como súplicas”; πρὸς, preposición de acusativo ‘a’; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado ‘el’, que unido a la preposición que le antecede originan la contracción ‘al’; δυνάμενον, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo δύναμαι, ‘tener poder, tener capacidad operativa’, aquí como que ‘podía’, o que ‘tenía poder’; σώζειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo σώσω, ‘salvar’; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal ‘le’; ἐκ, preposición de genitivo ‘de’; θανάτου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota ‘muerte’; μετὰ, preposición de genitivo ‘con’; κραυγῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota ‘clamor, grito’; ἰσχυρᾶς, caso genitivo femenino singular del adjetivo que expresa la condición de ‘poderoso, fuerte’; καὶ, conjunción copulativa ‘y’; δακρῦων, caso genitivo neutro plural del sustantivo ‘lágrimas’;

προσενέγκας, caso nominativo masculino singular con el participio de aoristo en voz activa del verbo προσφέρω, ‘ofrecer, traer, llevar, presentar’, aquí como “ofreciendo”; καὶ, conjunción copulativa ‘y’; εἰσακουσθεῖς, caso nominativo masculino singular del participio de aoristo en voz pasiva del verbo εἰσακούω, ‘escuchar, atender, hacer caso’, aquí como “siendo atendido”, “siendo escuchado”; ἀπὸ, preposición de genitivo ‘por’, con sentido de ‘en atención a’; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado ‘de la’; εὐλαβείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota ‘piedad’, de ahí la acepción “temor reverente, respeto ante Dios”.

### EXÉGESIS

El versículo comienza con una referencia a Cristo mediante el uso del pronombre relativo ὃς, *el que*. De ahí que algunas versiones introducen aquí el sujeto implícito *Cristo*. De Él se viene hablando como el designado por Dios para ser Rey y Sumo Sacerdote. El sujeto de la oración es Cristo, el Hijo de Dios, el Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec.

“En los días de su carne” gr. Ἐν ταῖς ἡμέραις τῆς σαρκὸς αὐτοῦ. La relación con su humanidad es evidente, ya que el acontecimiento al que se alude forma parte de su experiencia como hombre, es decir, viene a ser vivida por medio de su humanidad que la permite como experiencia personal. Este Sumo Sacerdote puede simpatizar con los hombres porque Él mismo es hombre también. Jesucristo no es otro que el Verbo encarnado que “acampó” entre los hombres revestido de humanidad (Jn 1:14). Este hombre que en unión con la deidad es una persona divino-humana, Emmanuel, Dios con los hombres, fue hecho semejante a los hermanos en todos los aspectos, salvo en el pecado (Flp 2:7). Quien vino a ser hecho semejante a los hombres, fue visto y apreciado como hombre por los hombres (Flp 2:8; 1 Jn 1:1). En cuanto a humanidad, Jesús era como los demás hombres, poseedor de los elementos constitutivos de la humanidad. Tuvo cuerpo humano con todas las limitaciones que le son propias (Mt 26:26, 28; Mc 14:8; Gl 4:4). En su parte espiritual estaba dotado de un alma humana que le permite la experiencia de angustia (Mt 26:38; Mc 14:34). Se manifiesta en el espíritu humano que le estremece en su intimidad y le conduce a llorar (Lc 23:46; Jn 11:33; Jn 19:30). Debe tenerse presente en cualquier



consideración sobre Jesucristo, nuestro Señor, que Él es Dios en diálogo con el hombre. Sin embargo, la Biblia afirma que Jesús era “semejante” a los hombres y en ningún caso se dice que era “igual”, por tanto, entraña necesariamente alguna diferencia. Cristo es algo más que un mero hombre y hay en Él diferencias fundamentales con los demás. Una, sustancial y única, es que su naturaleza humana y sólo la suya, desde el mismo instante de la concepción, fue puesta en unión personal con y en la persona divina del Hijo de Dios, en quien subsiste en unión hipostática, por lo que la persona divina que le da subsistencia viene a ser el sujeto de atribución de aquella humanidad. De otro modo, puede decirse que Jesús es un hombre sin ‘personalidad humana’, ya que la personalidad procede de la Persona, que no es humana sino Divino-humana. Una segunda diferencia tiene que ver con la ausencia de pecado en la humanidad de Jesús. El apóstol Pablo lo afirma: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él” (2 Co 5:21). Por esa razón dice que Dios envió a su Hijo “en semejanza de carne de pecado” (Ro 8:3). La semejanza de carne desvincula a Cristo de la condición propia de todos los hombres contaminados por el pecado, cuya realidad se expresa en obras hechas por el cuerpo sujeto a su esclavitud y puesto a su servicio. Jesús, aunque hombre, era santo e irreprochable (Is 53:9; 1 Pe 2:22). Pero, quienes le contemplaron apreciaron en su humanidad la debilidad propia de los cuerpos debilitados por el pecado, aunque Él es eternamente sin pecado. La evidencia de su condición de hombre son las experiencias humanas que Él mismo vivió, consecuencia de su vaciamiento o anonadamiento asumido voluntariamente al encarnarse. Sin embargo, mientras que los sacerdotes del antiguo orden estaban muy cercanos a los hombres por sus propias debilidades, Jesús está vinculado a Dios por su naturaleza divina, al ser Dios mismo. Por Su absoluta santidad está alejado de los pecadores, es decir, distanciado de ellos a causa de su pecado (Hch 7:26), pero íntimamente ligado a ellos por su condición de hombre. El Sumo Sacerdote se hace nuestro prójimo en el plano de la humanidad, para caminar nuestro camino, experimentar nuestras limitaciones, llorar nuestras lágrimas y morir nuestra muerte. Por todo ello era necesaria una aproximación al hombre cuyo aspecto se desarrolla en los siguientes versículos (vv. 7-9). El Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec estuvo rodeado de debilidad al hacerse carne (Jn 1:14), que tiene la acepción de debilidad y limitación propia de los

hombres. Las condiciones humanas se manifestaron plenamente en nuestro Señor Jesús. Fue concebido, aunque en una acción sobrenatural, por obra del Espíritu Santo. Fue gestado como un hombre y alumbrado como tal (Lc 2:7). Él creció como lo hacen los hombres (Lc 2:52). Tuvo una familia humana (Mt 13:56). Trabajó en un oficio propio de los humanos (Mc 6:3). Las limitaciones naturales nuestras le fueron propias; pasó por la experiencia del hambre, del sueño, de la sed y del cansancio (Mt 4:2; Mc 4:38; Jn 4:6-7). Las lágrimas fueron una realidad en su humanidad (Jn 11:35). Jesús fue un hombre integrado en la sociedad de su tiempo, y como ser social, participó en actos propios del entorno cultural y costumbrista de sus días, como demuestra con su presencia en las festividades de una boda (Jn 2:1-2). Los hombres se refirieron a Él como a un hombre (Mt 16:13-14; Jn 7:46; 10:33). En el juicio fue presentado por Pilato como hombre (Jn 19:5).

Sin embargo, es determinante también entender que la naturaleza humana subsiste, sin mezcla ni confusión con la naturaleza divina, en la persona del Verbo encarnado. Quiere decir esto que Jesús es tanto hombre como Dios, de otro modo, Jesucristo es Dios-hombre, Emmanuel. La deidad nunca estuvo separada de la humanidad ya que ambas subsisten en la segunda persona divina, pero, en esta subsistencia no se mezclan ni se confunden, sino que cada una de ellas expresa la natural condición que le es propia. La encarnación, tanto en el sentido de acto como en el de estado, no es otra cosa que el resultado histórico del envío al mundo que el Padre hace de su Hijo con el propósito soteriológico de salvar a los hombres, liberándolos para siempre de la situación de muerte a causa del pecado. Tal suceso permite que Dios comience a existir también en carne, en un estado de igualdad con los hombres, salvo las diferencias consideradas antes, en una igualdad de destino con los humanos, llegado Dios a la existencia en la forma de siervo, sometido a todas sus determinaciones, pero sin dejar, en ningún caso de ser Dios (Ro 1:1-4; 2 Co 5:21; 8:9; Gl 3:13; 4:4-5; Flp 2:6-11). Siendo tal, el comienzo de la existencia humana y temporal no supone su principio u origen absoluto, ya que Él trasciende el tiempo porque es eterno. La encarnación fue la forma elegida por Dios para hacerse hombre (Mt 1:18-25; Lc 1:26-38). La humanidad del Hijo de Dios exige entenderla desde su filiación divina y su existencia eterna. La encarnación pone de manifiesto la unión del Verbo con la humanidad, en una naturaleza creada por el Espíritu Santo, a la que el Hijo personaliza y mediante la cual expresa



visiblemente en el campo de los hombres su filiación eterna. Es una decisión libre del Eterno que se proyecta a sí mismo fuera de sí en amor como una majestuosa donación en entrega del Creador a la criatura. En ningún momento la existencia de su humanidad estuvo, ni pudo estar, desvinculada de la persona divina en quien subsiste.

Es preciso establecer los elementos textuales para hacer una correcta interpretación del versículo: 1) El sujeto es Cristo; 2) El tiempo: en los días de su carne, esto es, la época de su vida humana; 3) La acción: ofreció ruegos y súplicas; 4) El modo: con gran clamor, lágrimas y temor reverente; 5) El destinatario de la oración: el Padre; 6) El resultado: fue oído. El Mesías expresaba una oración que se hizo envuelta en gran clamor y lágrimas.

“Ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas”. El versículo hace referencia a una experiencia singular, literalmente se lee en el texto griego: “tanto ruegos como súplicas [...] con clamor fuerte y lágrimas habiendo ofrecido”, gr. *δεήσεις τε καὶ ἱκετηρίας [...] μετὰ κραυγῆς ἰσχυρᾶς καὶ δακρύων προσενέγκας*. No debe considerarse como una referencia genérica a la vida completa de Cristo en la que hubo ruegos, clamor y lágrimas. Esas experiencias son comunes, en mayor o menor dimensión, a cada humano. Jesús conmovido en su espíritu lloró como resultado de la tristeza de las hermanas de su amigo Lázaro (Jn 11:33); también ante la ciudad de Jerusalén conociendo el futuro de juicio que caería sobre ella (Lc 19:41). Con todo, ninguno de estos momentos tiene la fuerza suficiente como para identificarlos con la experiencia a la que alude el versículo. La única ocasión en la historia de Jesús que concuerda plenamente con las palabras del versículo es la agonía en Getsemaní. Los evangelios la describen con profundo patetismo, rodeada de clamor en la oración de Jesús (Mt 26:38-44; Mc 14:36-40; Lc 22:42-44). El versículo complementa el relato de los evangelios al decir o estuvo rodeada de “fuerte clamor y lágrimas”. El clamor expresa la angustia profunda experimentada en la intimidad de su alma humana, que alcanzó la máxima dimensión de tristeza (Mc 14:34). Las lágrimas manifiestan el sufrimiento de la confrontación. Aquella oración fue “ofrecida”, en la actitud de una persona inclinada delante de Dios, lo que lleva implícita una profunda actitud de reverencia y expresa también la sumisión en obediencia incondicional al Padre en la ejecución del plan de salvación.

El relato de los Evangelios sobre Getsemaní concreta la razón de la agonía con clamor y lágrimas del Salvador. Jesús indicó a sus discípulos la profunda tristeza de su alma (Mt 26:38). La agonía comienza con una intensa manifestación de insondable tristeza y sentimiento interno de angustia vital. Lucas, como médico, utiliza el término “agonía” (Lc 22:44), que equivale a conflicto. No se trata de dolor físico, que ocurriría más adelante en el prendimiento, los juicios, los azotes, la corona de espinas y, sobre todo, la cruz, el conflicto aquí no es externo, sino interno; no en el cuerpo sino en el alma. La expresión de Mateo es muy elocuente, como si dijese “estoy preso de una angustia mortal”. No quiere decir esto que aquella angustia le fuese a producir la muerte, pero expresa hiperbólicamente la dimensión del conflicto anímico que se producía en el núcleo mismo de su humanidad. En el relato según Marcos sugiere allí un terror estremecedor, como se aprecia en el uso de ἐκθαμβῆσθαι, un grado sumo de intenso horror y sufrimiento moral, unido a la perplejidad ante algo desconocido como experiencia que satura su alma y la invade de intensa pena. La frase de Jesús no puede por menos que poner de manifiesto su alma humana. Algunos sugirieron erróneamente que la naturaleza divina había sustituido el alma humana de Jesús y tomado su lugar; esta desviación de la verdad se viene abajo porque la tristeza mortal no puede saturar la naturaleza de Dios, pero sí el alma del hombre. Es necesario insistir en las dos naturalezas, humana y divina en la persona divino-humana de Jesús. El Señor que era “varón de dolores, experimentado en quebranto” (Is 53:3) cumple aquí lo anunciado proféticamente acerca de Él. La angustia fue tan intensa que le llevó a separarse de sus discípulos para buscar la paz en la oración con el Padre. A tres de ellos les manda velar, demandándoles que se mantuviesen despiertos. La hora era avanzada. El día había sido intenso. La cena había producido inquietud y preguntas en los discípulos que también los habían entristecido. Sin embargo, es el ruego de un amigo que había hecho todo por ellos y que les pide se mantengan despiertos en aquella hora y velen con Él, orando ellos también, mientras le acompañaban en la angustia. No dice el Señor que “oraseen junto con Él”, esa era una experiencia suya en soledad con Dios, les exhorta a “velar y orar” por ellos mismos para que fuesen librados del maligno (Mt 26:41). ¿Cuál era la causa principal de aquella situación agónica? Es necesario entender que quien la experimentaba era el Santo, que en su preexistencia fue adorado por los serafines que proclamaban su



santidad (Is 6:1-3). La profecía testifica: “no hizo Él maldad, ni hubo engaño en su boca” (Is 53:9). Jesús no sólo no pecó, sino que no podía pecar. La angustia de Getsemaní tiene estrecha relación con el pecado del hombre. Lo anunciado proféticamente iba a cumplirse en Jesús: “Con todo esto, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento” (Is 53:10). Cuando nuestro Señor subió a la cruz lo hizo cargando ya con el pecado de los hombres: “Quien llevó Él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Pe 2:24). Jesús se enfrentaba a una situación nueva que consistía en ser hecho maldición para que los sujetos a maldición a causa del pecado, fuesen hechos bendición de Dios en Él (Gl 3:13). Él iba a ser hecho sacrificio expiatorio por el pecado, para que el pecador fuese hecho justicia de Dios en Él (2 Co 5:21). Hasta ese momento Jesús había perdonado pecados, había tenido relación con pecadores, había anunciado la salvación mediante la fe en Él mismo (Jn 3:16), pero la relación personal, aunque no contaminante del pecado transferido a su cargo para la salvación del mundo, no había sido nunca experimentada por Él como ocurriría en la realidad que se avecinaba. La sustitución personal que había de llevar a cabo en la cruz, tenía que ver con la asunción de la muerte por todos (Hch 2:9). ¿Cómo sería esto para el Autor de la vida? ¿Que traería como consecuencia esta situación espiritual? El conflicto se produce en el alma del Salvador, en una intensidad tal que lo llena de angustia mortal.

El evangelio según Mateo dice que el Señor “se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mt 26:39). Jesús dejó al primer grupo de discípulos a la entrada del lugar llamado Getsemaní. Los otros tres avanzaron un poco más con Él. Mateo, lo mismo que Marcos sitúan a Jesús “un poco más adelante”; según Lucas se separó de ellos como un tiro de piedra (Lc 22:41), de donde habían quedado los tres discípulos del llamado “círculo íntimo”. Desde allí podían presenciar la oración de Jesús e incluso oír claramente sus palabras, porque la oración, se hizo con “gran clamor y lágrimas”. La posición que adoptó Jesús para la oración fue, según Mateo, “postrándose sobre su rostro”, es decir, totalmente inclinado hacia tierra, arrodillado para orar (Lc 22:41). No debía llamar la atención el hecho de la oración, ni la duración de ella, sin embargo, aquí reviste cierta dificultad especialmente en relación a lo que Él pide al Padre: “pase de mí esta copa”. La introducción del ruego es registrada de dos formas diferentes; según Mateo,

Cristo se dirigió a Dios con la expresión “Padre mío”, según Marcos, usó la forma habitual de comunión y relación filial diciendo: “Abba, Padre”. No reviste una importancia mayor las palabras que usó para introducir la oración, el hecho real es que se dirigió a su Padre; lo cual expresa que la comunión íntima que continuamente se había manifestado entre Jesús el hombre y su Padre del cielo continuaba de la misma manera, sin ningún tipo de variación personal. La petición fue: “pase de mí esta copa”. Jesús no tiene duda alguna en el poder del Padre para llevar a cabo la petición que le hace, ya que según recoge Marcos, había dicho en una ocasión al Padre: “todas las cosas son posibles para ti” (Mc 14:36). Es cierto que existen imposibilidades morales para Dios que no puede quebrantar, pero no es esto lo que Jesús pide en su oración. Está reconociendo que el Padre tiene poder para remover esa copa, sin embargo, se somete incondicionalmente a su voluntad. La obediencia suprema se manifiesta en las palabras que siguen a la petición de retirar la copa, “pero no sea como yo quiero, sino como tú”. El problema que suscita la naturaleza de la copa es apremiante, por cuanto Jesús pide que pase de Él, en el sentido de “apartarla”. La intensidad de la oración indica que se refiere a algo singularmente importante, en el que no hay que excluir la idea del castigo divino por el pecado, siempre que se entienda bien que Jesús no es objeto personal de la ira divina, sino sustituto de quienes son “por naturaleza hijos de ira” (Ef 2:3).

La confrontación agónica está rodeada de soledad en cuanto a compañerismo e identificación de los suyos que no velan con Él, sino que se duermen: “Vino luego a sus discípulos, y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: ¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?” (Mt 26:40). Contrasta profundamente la intensidad de la oración en agonía de Jesús, con los discípulos dormidos. Pedro que estaba dispuesto a morir por Él, no pudo acompañarle despierto en la hora de la prueba. Posiblemente hubieran podido mantenerse despiertos si hubiesen pedido fuerzas para ello mediante la oración.

La oración fue reiterativa, Mateo escribe: “Otra vez fue, y oró por segunda vez, diciendo: Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad” (Mt 26:42). Mateo es muy conciso en el relato, simplemente dice que Jesús por segunda vez se alejó y oró. Es Lucas quien da más detalles de esta segunda oración. En ella se enfatiza la entrega



incondicional a la voluntad del Padre. Hay cierta dificultad en determinar si las palabras “sin que yo la beba” es una expresión condicional de tercera clase indeterminada, o se trata –mejor esto último– de una condicional de primera clase supuesta como cierto, como si dijese “ya que no es posible que pase, entonces hágase tu voluntad”. La confrontación de la agonía fue de una tremenda intensidad, hasta el punto que Dios envió a un ángel para fortalecerle (Lc 22:43). Con todo, la agonía era tan grande que Lucas escribe: “Y estando en agonía oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lc 22:44).

Sólo Mateo recuerda expresamente la tercera oración de Jesús: “Y dejándolos, se fue de nuevo, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras” (Mt 26:44). Una tercera vez a solas con el Padre, en la comunión íntima que tiene el que se sabe amado por Él y que también le ama en correspondencia y entrega. La oración se repite: “Hágase tu voluntad”. La agonía terminó después de esta tercera oración e iba a dar paso a la experiencia física del “varón de dolores experimentado en quebranto” (Is 53:3). La intensidad de la agonía fue considerada con el sudor como de sangre y la presencia alentadora del ángel para confortarle.

Una precisión que necesariamente ha de ser atendida: la oración fue dirigida “al que le podía librar de la muerte”, gr. *πρὸς τὸν δυνάμενον σῶζειν αὐτὸν ἐκ θανάτου*. Para la Biblia la muerte es un estado de separación. Esto adquiere una gran intensidad en el concepto bíblico-teológico de “la muerte espiritual”, que es el estado resultante de la separación entre Dios y el hombre a causa del pecado. La Escritura enseña que la situación de muerte espiritual se perpetúa para aquel que muere físicamente sin haber recibido la vida eterna, por fe en Cristo. A este estado definitivo de separación del pecador y Dios se le llama “la muerte segunda” (Ap 20:14). El único que puede salvar, en el sentido de liberación de la muerte, es Dios. Es necesario observar en el versículo la fuerza de la preposición griega *ἐκ* que no indica una preservación de la experiencia sino un sacar de ella misma. La oración de Cristo en el huerto de Getsemaní expresaba el deseo de que, si fuera posible, no tuviera que entrar en la experiencia de la muerte espiritual. Jesús fue en la cruz el sustituto que ocupa el lugar del pecador y “gusta la muerte por todos”, para abrir al perdido un camino de vida, restaurando la comunión con Dios. El verbo “gustar”, aunque su sentido es bastante amplio, equivale

a “comer”, yendo mucho más allá que el simple “probar el sabor de algo”. El Salvador “gustó la muerte por todos”. En ese sentido se hizo sustituto para la salvación del pecador. En la cruz fue tratado como corresponde a quien, siendo portador del pecado, se enfrenta con la justicia divina que demanda la muerte del pecador: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él” (2 Co 5:21). El alcance de la máxima expresión del sentido de la muerte que el Hijo experimentó en la Cruz, fue el desamparo del Padre (Mt 27:46), entrando en la experiencia profunda de lo que es la muerte espiritual.

La clave interpretativa está en la frase: “fue oído a causa de su temor reverente”, gr. προσενέγκας καὶ εἰσακουσθεὶς ἀπὸ τῆς εὐλαβείας. Este ruego y súplica hechos con gran clamor y lágrimas, tiene como fondo la copa que debía apurar y que le fue presentada en Getsemaní. La oración es expresada por el único “Yo” de Jesucristo cuyo sujeto de atribución es la persona divino-humana en que subsiste. En la oración pide al Padre que le libre de la muerte, no en sentido parcial, sino en el pleno y total de la palabra. La afirmación bíblica es también precisa: “fue oído a causa de su temor reverente”, gr. εἰσακουσθεὶς ἀπὸ τῆς εὐλαβείας. Las posiciones interpretativas sobre la oración de Getsemaní, producen también distintas respuestas a la pregunta: ¿En qué sentido fue oído? El escritor de la epístola afirma que “fue oído a causa de su temor reverente”. Cristo no pedía ser librado de la muerte física, sino de la muerte en un sentido más amplio, como estado de separación de separación de Dios que es la muerte espiritual. El término “la muerte” comprende la totalidad del estado de separación tanto físico como espiritual y se proyecta a una dimensión perpetua en lo que se llama en la Escritura —como se dijo antes— “la muerte segunda” (Ap 20:14). El conocimiento sobrenatural de Jesús, en la naturaleza humana del Hijo de Dios, es limitado y sólo dotado de él por comunicación expresiva de la persona divina que la sustenta. De ahí que exista en Él desconocimiento en su humanidad (confróntese con Mt 24:36), de lo que es plenamente conocido en su deidad, lo que supone que la comunicación de idiomas entre las dos naturalezas se haga a través de la persona divina en la que ambas tienen subsistencia. El plan de redención, establecido en la eternidad, antes de la creación de cuanto existe (2 Ti 1:9) comprendía la sustitución vicaria de Jesucristo en favor de los salvos y la sustitución potencial para toda la humanidad que permite a Dios hacer salvable en Él a todos los pecadores.



Esta sustitución comprendía toda la dimensión de la muerte, esto es, tanto la sustitución en la muerte física como en la muerte espiritual. La persona divina del Verbo, y por tanto su naturaleza divina, conocía la resolución del problema que esto suponía, sin embargo, la naturaleza humana del Señor se ve conmocionada ante una situación por la que había de pasar que, según la Escritura, comprendía la experiencia de la muerte espiritual. En la Cruz el Señor expresaría las palabras del Salmo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Sal 22:1; Mt 27:46). Esa situación de desamparo lleva implícita la rotura de la comunión con Jesús, el Salvador del mundo que, desde su humanidad, siempre vinculada a la Segunda Persona divina, estaba cargado con el pecado. En este estado de separación era considerado como maldición para que los perdidos pudiesen alcanzar la bendición de Dios en Él (Gl 3:13-14). La experiencia de la muerte espiritual tiene lugar cuando el juicio de Dios por el pecado desciende sobre el inocente Cordero de Dios que lo lleva sobre sí en la cruz (Jn 1:29). Todas las ondas y las olas del juicio divino descendieron sobre Cristo en las horas en que el Padre le desampara para ampararnos a nosotros (Sal 42:7). En las horas de tinieblas que envolvieron la cruz tuvo lugar el cumplimiento histórico-temporal de la experiencia de la muerte espiritual del Salvador. Nada se sabe sobre lo que ocurrió durante las tres horas de tinieblas. Es tan grande el silencio del relato bíblico como el del crucificado. En ese espacio de tiempo el Salvador entró en el mayor de los sufrimientos espirituales, con una intensidad propia del infierno. Dos aspectos son absolutamente ciertos en todo el tiempo de la cruz: a) la santidad esencial de Jesús, ya que el pecado que "llevaba sobre sí" al madero (1 Pe 2:24), nunca le contaminó personalmente, de manera que quien moría en la cruz era absolutamente santo. b) el amor del Padre, que tuvo eternamente y del que Dios mismo dio testimonio (Mt 3:17). Todavía más, el Padre le amaba porque ponía voluntariamente su vida por las ovejas (Jn 10:17); es decir, el sacrificio de la cruz era, agradable a Dios, por ser de disposición divina (1 Pe 1:18-20). Sin embargo, en las tres horas de tinieblas, el Padre le desampara, haciendo que el bendito Salvador experimente una situación espiritual a la que jamás hubiera llegado antes. La dimensión es tal que llega a ser incompresible, como decía Lutero: "Dios, desamparando a Dios, ¿quién podrá entenderlo?"<sup>1</sup> Fue ya al final del tiempo de tinieblas

---

<sup>1</sup> Lacueva, F. *Notas Soteriología*. IBE, 1968.

–Mateo afirma que era “cerca de la hora novena” (27:46)– cuando Jesús utiliza el Salmo 22, para gritar con fuerza las palabras del primer versículo; “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?”. Esas palabras marcan el clímax del sufrimiento de Cristo por el mundo. Fue durante el tiempo de tinieblas que Jesús bebió hasta el final la copa de que le había sido presentada en Getsemaní, y por la que oró insistentemente a su Padre para que, si había alguna manera, pasara de Él. Fue esa la hora del sufrimiento de la deidad. Jesús experimenta la más grande desolación a causa del desamparo del Padre. Era el Siervo de Dios que estaba sufriendo por “nuestras transgresiones” (Is 53:5). Era el tiempo del cumplimiento de las palabras del bautista: “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1:29). En la cruz, Jesús, el Hijo de Dios, estaba expiando potencialmente el pecado del mundo para poder redimir virtualmente a los del mundo que creyesen. El llevaba sobre sí el castigo penal que la Ley establecía para el pecado, que no es otra cosa que “la muerte”, no sólo física, sino también espiritual (Gn 2:17; Ro 6:23). El Señor tenía que ser sustituto personal y solidario de los creyentes, mediante la sustitución de cada uno en la pena del pecado que es la muerte espiritual. Las palabras de Jesús en el texto griego expresan un hecho terminado; el aoristo del verbo demanda esa interpretación; cuando Él recita con voz potente las primeras palabras del Salmo, se había producido ya el estado de desamparo, de separación, de interrupción de comunión con el Padre, no a causa de su pecado, sino a causa del nuestro, del que se hacía solidario para satisfacer las demandas penales que la justicia de Dios había establecido. Esa situación era la propia de la experiencia de vida en la muerte del infierno. La dimensión es grande, pero no menos necesaria. Si Jesús no hubiera muerto en nuestra muerte, no habría salvación para ninguno de los pecadores. En este sentido escribe Calvino:

Nada hubiera sucedido si Jesucristo hubiera muerto solamente de muerte corporal. Pero era necesario a la vez que sintiese en su alma el rigor del castigo de Dios, para oponerse a su ira y satisfacer a su justo juicio. Por lo cual convino también que combatiese con las fuerzas del infierno y que luchase a brazo partido con el horror de la muerte eterna.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Calvino, J. *Institución*. Literatura Reformada. Rijswijk (Z.H), Países Bajos, 1968. vol. 1, p. 382.



Entender las horas de tinieblas es entender que Jesús sufrió la maldición del pecador. No se trata de sufrir una muerte física sustitutoria y solidaria, sino que el Hijo de Dios, nuestro Salvador, fue sumergido en los dolores, angustias, desamparo, castigo, aflicciones y penalidades que son fruto de la maldición y consecuencia de la ira de Dios, la cual es también principio y causa de la muerte espiritual (Gl 3:13). En la operación divina llevada a cabo por Cristo, "nos redimió", es decir, nos rescató, lo que equivale a pagar hasta satisfacer plenamente el precio de la deuda espiritual que teníamos contraída, para poder sacar al esclavo del lugar de esclavitud. En ese sentido Jesús tenía que ser nuestro sustituto, ocupando nuestro lugar. En la cruz ocupa el lugar del pecador y sus pecados le son imputados a Él, "puestos sobre Él" (Is 53:6, 12; Jn 1:29; 2 Co 5:21; Gl 3:13; Hch 9:28; 1 Pe 2:24). Así escribe Agustín de Hipona del sacrificio sustitutorio del Señor:

Uno y el mismo es el verdadero Mediador que nos reconcilia con Dios por medio del sacrificio redentor, permanece uno con Dios al cual lo ofrece, hace que sean uno en Sí mismo aquellos por quienes lo ofrece, y Él mismo es justamente el oferente y la ofrenda.<sup>3</sup>

Dios salva al pecador creyente de su propia ira, haciéndola descargar sobre Dios mismo en la persona del Salvador, que siendo hombre puede sustituir al pecador y siendo Dios puede aportar el precio infinito de nuestra redención. En la cruz extingue absolutamente la pena por el pecado en favor del creyente para que toda condenación por el pecado quede anulada para quien crea (Ro 8:1). Una aparente contradicción se establece en el hecho de que Jesús, el Hijo de Dios, fue hecho maldición, pero sin pecado (Is 53:9; 2 Co 5:21; 1 Pe 1:22). Aquí está el núcleo de la doctrina de la sustitución, rechazada por los humanistas como la teología del escarnio, pero una verdad revelada en toda la Escritura (Ex 12:13; Lv 1:4; 16:20,22; 17:11; Sal 40:6-7; 49:7-8; Is 53; Mt 20:28; 26:27-28; Mc 10:45; Lc 22:14-23; Jn 1:29; 10:11,14; Hch 20:28; Ro 3:24,25; 8:3,4; 1 Co 6:20; 7:23; 2 Co 5:18-21; Gl 1:4; 2:20; Ef 1:7; 2:16; Col 1:19-23; Hch 9:22, 28; 1 Pe 1:18-19; 2:24; 3:18; 1 Jn 1:7; 2:2; 4:10; Ap 5:9; 7:14). El Hijo de Dios descendió a los infiernos de la ira divina para que el pecador creyente fuese colocado con Él en el cielo

---

<sup>3</sup> Agustín de Hipona. *Tratado sobre la Santísima Trinidad*, BAC. Madrid, España, 1971. IV, 14, 19.

(Ef. 2:6). En las horas de tinieblas, se consuma la experiencia de la muerte espiritual sustitutoria que el Salvador lleva a cabo por los creyentes en la cruz. Eso permite entender la dimensión del texto de Hebreos, en donde el autor afirma que “fue oído a causa de su temor reverente”. Jesús fue oído orando con clamor y lágrimas no para ser eximido de la muerte, sino para no ser ahogado en ella como pecador.

Nada más angustioso para el hombre que saber que Dios le ha desamparado. No hay abismo más profundo ni situación más abrumadora que sentirse alejado de Dios, de modo que no le oye, aunque le invoque. Esa es la experiencia del crucificado: “Dios mío, clamó de día y no respondes; y de noche y no hay para mí reposo” (Sal 22:2). Todavía más: “¿Por qué estás tan lejos de mi salvación y de las palabras de mi clamor?” (Sal 22:1). ¿Cómo es posible entender este misterio “tan lejos”, de su salvación y tan cerca de Él, como que estaba en Él reconciliando consigo al mundo? (2 Co 5:19). Reconciliar es un término que expresa la idea de un cambio de posición. No es el mundo que se reconcilia con Dios, sino Dios que reconcilia consigo al mundo. A causa del pecado el mundo estaba en enemistad con Dios. Le habían puesto a sus espaldas y caminaban en camino de muerte. Jesús, en cambio, permanece en abierta y eterna relación y comunión con el Padre, en el seno trinitario y en el mundo, en la historia humana de Dios, viviendo siempre *frente*, gr. *πρὸ*, en el sentido de unión y comunión (Jn 1:1). En la cruz, el Padre coloca a Jesús en el lugar del mundo, esto es, a sus espaldas, y al ocupar Cristo ese lugar, el mundo queda situado frente a Dios, permitiéndole alcanzarlo con el mensaje de salvación que encomienda ahora a los reconciliados con Él (2 Co 5:20). Pero, esta bendición para nosotros, supuso la mayor agonía para el Salvador. Aquel que había dicho que nunca estaba solo porque el Padre estaba con Él (Jn 16:32), en la cruz su Padre no respondía, sino que lo había dejado en manos de sus adversarios y mucho más, en la experiencia de *gustar* la muerte por todos (Hch 2:9). Esa experiencia por la que jamás había pasado, llenaba de agónica tristeza que desde su naturaleza humana, no deseaba experimentar. La penalidad del pecado de los hombres fue traspasada al Hijo de Dios que la llevó en sí mismo. Quedaba por resolver la penalidad de la eterna separación de Dios a causa del pecado. La demanda de la justicia de Dios debía cumplirse plenamente en su hijo. Sin duda un sólo instante de experiencia en la muerte de Jesús –no importa cual fuese el tiempo de la misma– representaba una experiencia de dimensión infinita al tratarse, no



de la vida de un hombre, sino de la vida del Hijo de Dios encarnado, lo que le atribuye un grado infinito, de modo que es la vida del Hijo de Dios que se ofrece por el hombre. De la misma manera un instante en la separación de Dios es suficiente, por cuanto es de dimensión infinita para alcanzar la sustitución vicaria de todos los creyentes. Jesús ora al Padre para que su vida física le sea restaurada en la resurrección, tal como estaba profetizada, y la comunión con Él le sea devuelta antes de entregar su vida voluntariamente en la cruz y morir físicamente. El escritor a los Hebreos afirma que "fue oído". Antes de morir es restaurado en la comunión de su humanidad con el Padre, dando Dios por satisfecho el pago del pecado del mundo.

### CONCLUSIÓN

La exégesis textual abre el camino para la comprensión del texto bíblico. En el caso del texto seleccionado permite entender la dimensión profunda del acontecimiento sobre la agonía de Jesús en Getsemaní, proyectando la dimensión de ella al entorno de profundidad soteriológica que comprende.

Mediante el uso de las técnicas exegéticas se alcanza la causa que motivó la oración de Jesús, que era la experiencia de su naturaleza humana en la muerte física y espiritual. A la vez que la limitación de conocimiento desde su condición de hombre, hacía posible un estado de intensa aflicción y que en medio de la angustia "oraba más intensamente".

La exégesis textual permite también la aplicación del hecho histórico a la vida cotidiana del creyente. En la oración intensa se derrama el alma delante del Padre celestial, de quien vienen todos los recursos de la gracia (Stg 1:17). El creyente debe orar para que le sea otorgada la gracia necesaria para soportar la aflicción y salir victorioso de ella. La oración en la angustia no consiste en pedir a Dios que retire de nuestra vida la prueba, sino que nos de fuerzas espirituales para soportarla, sabiduría celestial para entenderla y satisfacción personal para asumirla. El "hágase tu voluntad" es la mejor expresión de oración en medio de la prueba. El Dios de la gracia y de la paz, puede dar paz en toda ocasión y fuerzas para llevar el peso de la prueba. El promete sostener al probado para que sea capaz de llevar la carga en cualquier circunstancia (Sal 55:22). La grandeza de su provisión es sentir su presencia en medio de la angustia como Él mismo promete (Sal 91:15). La oración del creyente tendrá siempre respuesta desde el trono de la gracia.